

En el primero, Nogueira hace un recuento de las características de la lírica popular portuguesa y en el segundo señala el contexto en que fueron recogidos los textos. En un intento por no disociar la poesía de la música, al final del segundo volumen aparece un apartado con notaciones musicales que dan a conocer, en términos generales, cómo se canta la lírica baionense. En fin, por todo lo anterior, no dudo en afirmar que este cancionero es el resultado de un trabajo profundo y serio, que viene a sumarse al patrimonio cultural portugués.

Carlos Nogueira es profesor de Literatura oral tradicional y de Literatura portuguesa e investigador del Centro de tradiciones populares portuguesas Prof. Manuel Viegas Guerreiro, en la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa. En esta revista (año II, número 1) hemos publicado una reseña de José Manuel Pedrosa sobre su libro *Literatura oral em verso: a poesia em Baião*, y en el año III, núm. 1 ha salido un artículo de Nogueira sobre las *papeladas*. Se trata seguramente de una persona muy generosa, pues pone a disposición de los interesados en la lírica de Baião los materiales, grabados y filmados, que ha reunido a lo largo de varios años. Bienvenidos sean este tipo de investigadores, lo mismo que ediciones críticas de la lírica popular como el *Cancioneiro popular de Baião*.

ARACELI CAMPOS MORENO
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Regiones de México: diálogo entre culturas, año 1 nos.1 y 2. Coord. Armando Herrera Silva. México: CONACULTA, 2002.

La revista *Regiones de México: diálogo entre culturas* es el resultado del trabajo de un equipo de estudiosos que se ha propuesto por este medio abordar y difundir las diversas y muy vastas manifestaciones culturales que se dan a lo largo y ancho de nuestro país. Se trata de una revista que surge en un momento en que el fortalecimiento y la revaloración de la diversidad cultural toman una capital importancia frente a la tendencia homogeneizante derivada de la corriente globalizadora de nuestros días.

La presentación de los materiales en la revista *Regiones de México* se da —y aquí radica lo interesante y novedoso de su propuesta— desde

una perspectiva diferente: a partir de una categoría de acercamiento llamada “región cultural”. A pesar de que dentro de la historia editorial en México son numerosas las revistas que en diversas épocas y desde enfoques distintos han dirigido su atención a las expresiones culturales —especialmente las llamadas populares—, en términos generales se puede decir que en la mayoría de ellas las noticias sobre tal o cual costumbre, evento o forma de pensamiento han sido presentadas de manera aislada, incluso desarticulada, en aquellos casos en los que el contenido de la publicación es enteramente heterogéneo. Aquí, en cambio, se pretende abrir un espacio de diálogo e intercambio continuos entre culturas regionales específicas, en el que las diversas manifestaciones se dan a conocer dentro del ámbito cultural al que pertenecen, del que se nutren y al cual modifican, recrean y reevalúan. Un reto difícil, sobra decir, por un lado, dado el carácter pluriétnico y pluricultural propio de nuestro país y, por el otro, debido a lo compleja que resulta la definición misma de una región cultural.

Pero ¿qué es una región cultural? En el primer número de esta revista el concepto fue abordado por Andrés Fábregas Puig en un excelente ensayo titulado “La dimensión regional de la cultura”, del cual no resisto hacer la siguiente cita: “La región constituye el recipiente de una historia cuya cotidianidad aparece en la conciencia regional manifestándose en símbolos de identidad que recuperan y unifican la vivencia compartida” (I, núm. 1: 7).

Por su parte, Margarita Dalton nos dice: “Si compleja y llena de contradicciones es la definición de cultura ¿cómo podremos ponernos de acuerdo en lo que significa una región cultural?” (I, núm. 2: 8). La autora parte de ciertas preguntas básicas: ¿cuáles son en México esas regiones, quiénes las definen y sobre qué supuestos? Sin pretender ser exhaustiva en un tema de por sí complejo y ya muchas veces discutido, ella nos hace ver y reflexionar sobre cuatro puntos relevantes. Primero: las regiones culturales existen y son caracterizadas por una serie de elementos que ciertos individuos comparten y con los cuales se identifican. Segundo: no se pueden definir con exactitud los límites de esas regiones, dado el carácter dinámico y de intercambio que se vive entre diversas zonas, en especial, en nuestros días, en que la tecnología de la comunicación tiene la capacidad de poner en contacto cualquier cultu-

ra con otra en fracciones de segundo; por tanto, una región no resulta necesariamente fija. Tercero: la identificación de un grupo humano con cierto tipo de manifestaciones culturales tiene que ver con la identidad, ese sentimiento que todo hombre, como ser social, tiene con respecto al lugar al que pertenece y que le da sentido a su vida. Cuarto, y muy importante: en la definición de las distintas regiones culturales, el verdadero reto es el respeto a la identidad voluntaria de los pueblos.

Con base en estos razonamientos, *Regiones de México* es una revista que nos habla de muchas cosas que definen al hombre como tal: la música, la palabra, la danza, los mitos y leyendas, la poesía, la religión, la vestimenta, la alimentación, las creencias, el arte, las invocaciones y las fiestas. Todas ellas se presentan en ocasiones en contrapunto con situaciones concretas de pobreza, marginalidad o migración en que llegan a manifestarse, o bien, evocando las voces de un pasado que se revela continuamente. Por otro lado, esta revista busca ser, además, un foro abierto a las diferentes maneras de aproximarse y analizar la dimensión regional de la cultura, y de esta manera poner al alcance del lector el conocimiento y la experiencia de quienes estudian las culturas regionales desde las más distintas disciplinas, perspectivas y metodologías, llámense historia, musicología, antropología, etnología, estética o sociología.

El número uno de la revista *Regiones de México* orientó su contenido hacia la Huasteca, una región cultural muy rica en expresiones tradicionales, tanto indígenas como mestizas. Sobre su extensión y sus límites, varios especialistas coinciden, hoy en día, en que, teniendo en cuenta factores tanto históricos como ecológicos y culturales, abarca parte de seis estados de la República: San Luis Potosí, Veracruz, Hidalgo, Tamaulipas y pequeñas porciones de Querétaro y Puebla. Sobre este tema y muchos otros nos habla Irene Vázquez Valle en su artículo “La Huasteca: su geografía, su gente, su historia”,¹ el cual proporciona, a través de una visión de conjunto, información sobre diversos aspectos de la zona: antecedentes históricos, su ecosistema, los diversos grupos humanos que la habitan, sus varias formas de subsistencia y, en especial, sobre su música y su poesía.

¹ Reproducción de las notas al disco *Primer Festival de la Huasteca*, 2000.

Enseguida aparece un texto del arqueólogo Lorenzo Ochoa, sobre la historia antigua de la Huasteca. Se trata de una síntesis de los estudios que ha realizado sobre las culturas prehispánicas del Golfo de México, trabajo que se distingue por el hecho de combinar los hallazgos arqueológicos con los datos encontrados en las fuentes históricas y con los estudios derivados de la etnología, la lingüística, la antropología física y sobre el medio ambiente. De esta manera puede darnos un panorama de lo que fue la región Huasteca antes de la llegada de los españoles: su extensión geográfica, los diversos grupos humanos que la habitaron, sus formas de organización social y política y su cosmogonía.

Después de los dos estudios anteriores, este número de *Regiones de México* nos presenta el artículo “La petenera y la sirena”, que nos habla de un personaje mítico que aparece en el canto de uno de los sones más populares y antiguos de la Huasteca: *La petenera*, huapango en modo menor, cuyo contenido poético gira, en gran medida, en torno a la sirena. Sobre el origen y significado de este mito nos habla Jesús Echevarría en estas líneas. Ser fantástico universal del que se tienen noticias desde culturas tan antiguas como la egipcia. El autor nos lleva, página tras página, por un breve pero extraordinario viaje entre relatos, cuentos y leyendas —desde *Las mil y una noches* hasta las coplas actuales de *La petenera* huasteca—, y nos señala la existencia de diversos “testimonios” en los que queda claro que el encuentro con sirenas era algo plausible y totalmente creíble en tiempos del descubrimiento y la conquista de América. Asimismo, nos da a conocer, a grandes rasgos, las características principales de ese ser mítico: su belleza, el poder seductor de su canto que “hechiza los corazones y extravía las mentes” y la transformación que ella sufre al pasar de ser una mujer que encanta a una mujer encantada.

Y siguiendo con la música, este primer número nos ofrece tres entrevistas que Armando Herrera realizó a músicos del género conocido como huapango arribeño, el cual se cultiva en las partes altas de la Sierra Gorda, en los estados de San Luis Potosí, Guanajuato y Querétaro. Los pequeños relatos nos hablan de esta tradición, hoy en día en plena vigencia, contando diversas experiencias personales a través de las cuales alcanzamos a percibir la pasión que cada uno siente por esta música.

Por su parte, Manuel Álvarez Boada hace una breve descripción de lo que es la construcción de los dos instrumentos más importantes de la

Huasteca: la jarana chica de cinco cuerdas y la quinta huapanguera, utilizados ambos no sólo en el popular huapango huasteco, sino en innumerables danzas indígenas de la región.

Regiones de México no podía pasar por alto en este primer número una de las expresiones más importantes de la región huasteca: las danzas tradicionales, cuya riqueza y variedad se debe a la convivencia de los seis grupos étnicos que ahí habitan desde hace varios siglos: huastecos, nahuas, tepehuas, otomíes, totonacos y pames. Las danzas huastecas relacionadas con el ciclo agrícola son de las más difundidas, y de ellas nos habla Amparo Sevilla en el artículo “Cuerpos de maíz”. Con el fin de halagar a la tierra y de esta manera pedir una buena cosecha, se ejecutan las diversas danzas que acompañan la época de siembra; en ellas, nos dice la autora, el cuerpo del hombre en movimiento se transforma en una ofrenda: “el maíz es nuestro cuerpo, el cuerpo de los danzantes se convierte (a través de la danza) en mata de maíz [...], para no olvidar que somos maíz”, explica el capitán de la Danza del Maíz de Tancoco, Veracruz (I, núm. 1: 46).

Román Güemes, huapanguero e investigador nacido en la huasteca veracruzana, nos ofrece un relato recopilado por él sobre cómo y en qué situaciones se hacían los bailes en la Huasteca durante las primeras décadas del siglo pasado, según se deduce: la ropa que debían usar los asistentes, el ritual para pedir a la novia, la manera de contratar a los músicos, la estructura misma del baile y los instrumentos utilizados (grupo de cuerdas para huapango, en aquel entonces constituido sólo por violín y huapanguera, o pitadores de hoja de naranjos, acompañados de una percusión hecha a base de carrizos y un huaje).

Otra de las manifestaciones más ricas en la zona huasteca es la artesanía indígena, compuesta de prendas e indumentaria para las danzas, de máscaras que se usan en diversas ocasiones como el carnaval, la semana santa y el día de muertos, de instrumentos musicales y de objetos elaborados con fibra, madera y barro. Ruth Lechuga, a través de una entrevista, nos presenta un panorama general de estos diversos géneros de arte popular y nos habla acerca de su uso en diferentes poblaciones de la Huasteca, aunque centra su atención en el estado de San Luis Potosí. De ella son también gran parte de las excelentes fotografías que acompañan los artículos de este primer número de la revista.

Además de la semblanza que Arturo Chamorro hace de Irene Vázquez y de las varias reseñas incluidas, en este número encontramos también las siguientes colaboraciones: “La identidad cultural y la venta de ropa usada en la Huasteca”, por Ana Bella Pérez Castro; “Recorrido por la Huasteca”, por Alejandro Lajud, y “Cocina de la Huasteca”, por Cristina Barros y Marco Buenrostro.

El segundo número de la revista *Regiones de México* cambia su enfoque y parte ahora, no de una región, sino de una de las expresiones más representativas de la cultura en cualquier sociedad del mundo: la música. Si bien hablar de las manifestaciones culturales de una región específica nos permite conocer con mayor profundidad lo que en ella sucede y darnos a la vez una idea de la diversidad de eventos y discursos posibles, el presente número nos ubica en una de las dimensiones culturales más ricas y variadas, que en nuestro país se presenta como un mosaico infinito de sonidos, instrumentos, significaciones, ritmos y cantos.

Esta realidad sonora está bien representada por la serie fonográfica del INAH *Testimonio de México*, iniciada hace más de 35 años, de la cual nos habla con detalle Benjamín Muratalla en el tercer artículo de este número. El autor, además de ponernos al tanto de los ya 40 números editados en disco compacto, nos acerca de una manera efectiva y seductora a este gran acervo musical que pervive en nuestros diversos territorios. Estos materiales constituyen, en conjunto, un verdadero viaje fantástico por los senderos sonoros de México.

Dentro de esta diversidad musical, no hay duda de que el corrido ha sido uno de los géneros más representativos de la cultura popular de nuestro país, en especial durante el siglo pasado. A pesar de que Vicente T. Mendoza predijo la decadencia y próxima muerte de este género como genuinamente popular, la tradición corridista, después de una etapa de producción más bien mesurada, surge nuevamente con gran impulso ante una realidad que se vuelve materia prima por excelencia de los corridos actuales, principalmente en el norte de México, dando origen a lo que se ha dado en llamar el “narcocorrido”. De este género nos habla José Manuel Valenzuela en un interesante artículo titulado “La traición y el contrabando”.

La música indígena también está presente en este segundo número de la revista, a través de las reflexiones que el etnomusicólogo Artu-

ro Chamorro realiza en torno al carácter norteño de la cultura musical indígena en el norte de Jalisco. En su artículo titulado “El canto wixárika: rasgos y antecedentes norteños” nos señala que la presencia actual en la región de ciertos elementos musicales norteños, como el uso del contrabajo y el acordeón, y de géneros como la polka, los corridos norteños y la canción ranchera, no pueden explicarse únicamente como un proceso moderno de “anorteñamiento” de la música wixárika, consecuencia de los movimientos migratorios, por un lado, y de la industria de la música popular que llega vía radio y casete, por el otro, los cuales vienen dándose los últimos veinte años.

Más adelante, viajamos hacia el Sur, hacia la región de la Tierra Caliente de Guerrero, a través de una breve semblanza de la vida de uno de los violinistas populares más prodigiosos y reconocidos en nuestro país: don Juan Reynoso, el “Paganini de Tierra Caliente”.

Otro género lírico es abordado en este número de la revista: el son. El punto de partida del artículo “Los sones y sus coplas: el son huasteco” —de la que aquí escribe— se ubica en otro lugar, desde otra perspectiva. En el campo de la diversidad cultural, además del diálogo e intercambio entre culturas, también está la especificidad cultural, el conocimiento y reconocimiento de lo que es propio, de lo que hace la diferencia entre un “nosotros” y un “los otros”.

El son es una de las expresiones musicales más representativas y difundidas en nuestro país. En la vasta extensión geográfica que abarca se distinguen diferentes variantes; el son planeco, el jalisciense, el tixtleco, el calentano, el jarocho y el son huasteco son las más importantes. A partir de una serie de rasgos comunes ha sido posible afiliar dentro de un mismo género estas diversas expresiones, que, por otro lado, muestran claras diferencias entre sí. El presente artículo centra su atención en la poesía que se canta en los sones huastecos y las notorias diferencias que se detectan en ellos frente a sus congéneres.

Junto a las colaboraciones citadas, este segundo número incluye las siguientes: “Música, ceremonias y banquetes prehispánicos”, de Cristina Barros y Marco Buenrostro; una entrevista que Mario Rey sostuvo con Álvaro Bitrán, del Cuarteto Latinoamericano, y “Síntomatología del jazz mexicano en el *xxi*” de Alain Derbez. Además, por supuesto, las reseñas, y también una pequeña sección fotográfica llamada “Portafo-

lio” y un “Suplemento para niños” en forma de cuadernillo. Otro de los atractivos de esta revista es el disco compacto que incluye en cada número.

ROSA VIRGINIA SÁNCHEZ
CENIDIM-INBA